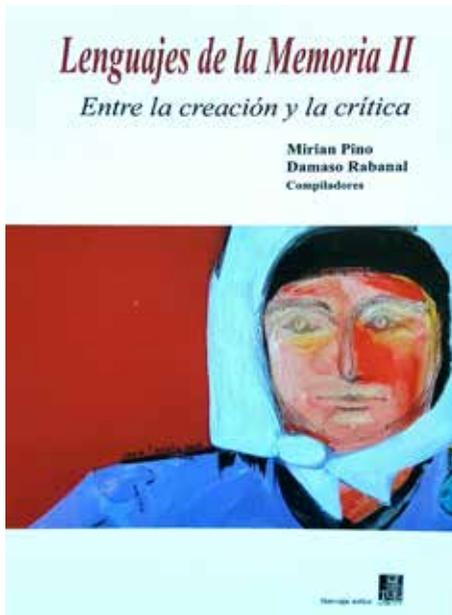


Memorias que germinan

Por Agustina Merro¹

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Mirian Pino y Dámaso Rabanal (comps.) *Lenguajes de la memoria II. Entre la creación y la crítica*. Narvaja Editor, Unquillo, 2017. 432 págs.



En el Prólogo de este libro que reúne trabajos seleccionados del coloquio *Lenguajes de la memoria* (Córdoba, Argentina, 2014-2016), los compiladores nos invitan a “mover la tierra de la memoria” en un movimiento que, aseguran, no deja idénticos al terreno ni a quien lleva a cabo la acción. Es por eso que nos permitimos calzarnos el delantal de jardinero y arroparnos con la paciencia de quien se dedica amorosamente a las plantas para aventurarnos en estas frondosas páginas.

Un delicado papel vegetal separa las secciones del libro según las áreas temáticas, señalando una división lábil, provisoria, apenas un gesto que ayuda a entender, tal vez, la procedencia de cada semilla, pero que nos indica que su destino es enmarañarse, mezclarse, volverse común sustrato.

Como acción primera, puestos a desmalezar el campo de las memorias, resulta propicio distinguir entre “aquellas evocaciones de un pasado liso que busca consuelo en la sutura de la memoria” (a partir de retóricas de reconciliación u ocultamiento del conflicto) y

¹ Licenciada en Letras Modernas, por la Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: agusmerro@yahoo.com

“aquellos dispositivos contra-representacionales que optan por una memoria transformadora, no mimética, que combina heterogéneamente distintos tiempos, lugares y modos de desplazamiento del recuerdo”.² Esta última, memoria crítica, la que no se ciñe al trazado lineal institucional, la que exhibe todas sus rugosidades y fricciones, es la que marca el pulso de estas páginas, ya que sus autores –académicxs y escritorxs de Argentina, Chile, Uruguay y Francia– toman posición en el debate crucial y siempre vigente que significa tramar sentidos en la matriz que nos constituye en cuanto comunidad.

Si la memoria se ha constituido en sitio de debate epistemológico y de disputa política, la memoria crítica asume el desafío de delinear las pugnas en torno a las narrativas del pasado, puesto que de ellas depende la forma en que se habrá de imaginar el futuro. Y un interrogante clave que recorre estas páginas es si ese futuro se proyecta colectivo o individual.

En este sentido, ya en la conferencia que inaugura el libro, Susana Romano Sued traza un horizonte de “soledad común” al que nosotrxs, individuos sin filiación, somos arrojados por la hegemonía de la tecnoglobalidad del mundo. Frente a este panorama, lanza como apuesta la restitución del campo simbólico y la creencia en la voz poética. Con este credo-plegaria, augurio de buenas cosechas, ingresamos al libro.

En la sección “Memorias, archivos y decolonialidad” escarbamos en disciplinas artísticas como el cine, las artes visuales y la música desde el rastrillo de la memoria en tanto campo que se mueve atravesado por cuestiones políticas, estéticas y filosóficas. Aquí los autores describen maneras de practicar la memoria (al modo de las “maneras de hacer” de Michel De Certeau) como apropiaciones críticas que sacuden la naturalización de las prácticas y de esta manera evitan el anquilosamiento discursivo. Así, conocemos propuestas de intervención artística sobre los retratos de estudiantes desaparecidos (Ana Mohaded), modos de indagar las reconocidas fotografías en blanco y negro desde una “política del rostro” que habilite relatos e interrogantes (María Soledad Boero), discursos disidentes con los cuales desestabilizar la propuesta modélica de la ideología dominante en un contexto en que prima “la resistencia frente al reconocimiento de la otredad” (Dámaso Rabanal). En la misma sintonía, el colectivo Arte y Estética en la Opción Decolonial pone en evidencia la normativización racionalizada del arte, la cual obstruye la emergencia de otras expresiones propias del “suelo” que habitan los participantes de una relación sociocultural específica.

² RICHARD, N., *Latencias y sobresaltos de la memoria inconclusa (Chile: 1990-2015)*, Villa María, Eduvim, 2017. P. 12

En la sección “Memoria y literatura”, preparamos una ofrenda desde la ritualización, condición insoslayable para la transformación de la memoria individual en memoria colectiva, fundadora de identidad, según Françoise Prioul (P. 114-5).

En palabras de Mirian Pino, “son los tropos los que poseen la capacidad de llevar a cabo el trabajo con la memoria, ya que transportan el sentido de las temporalidades pasado-presente” (P. 169). Algo así como los vientos propicios que favorecen la polinización al conectar tiempos y lugares, los ecos del pasado con las instantáneas del presente.

Jorge Bracamonte nos trae ejemplos de memorias de la catástrofe dictatorial en la narrativa, mientras que Laura Fandiño introduce la noción de “posmemoria” como ampliación del campo desde otros puntos de vista –la segunda generación– con referencia al pasado traumático, y María Manuela Corral apela a la locura, el exotismo y el canibalismo como configuraciones discursivas de “lo otro”, en tanto voces anómalas y minoritarias que ponen en crisis la definición de lo identitario.

En la sección “Memorias y lugares”, tres autoras (Edith Silveira, Ángela Díaz y Alicia Montes) nos presentan la narrativa testimonial, el género policial y la crónica urbana como “territorios escriturarios” que interpelan, desde la heterogeneidad discursiva, el orden representativo del discurso hegemónico.

Qué mejor cobijo para una memoria-semilla que la “selva”: imagen de la ciudad latinoamericana propuesta por Bueno Chávez para dar cuenta de la heterogeneidad conflictiva, en oposición a la imagen de “ciudad letrada” planteada por Ángel Rama, en la que impera el orden y las jerarquías.

En ese marco, el género policial, el testimonio y la crónica les otorgan voz a ciertos sectores silenciados por los funcionarios de la “ciudad letrada”. De esta manera, los dispositivos estéticos se vuelven políticos, en la medida en que presentan un contra-relato que erosiona los discursos totalizadores.

En la sección “Memorias, DD. HH. y resistencia política” echamos mano de una regadera para nutrir experiencias de activismo en torno a problemáticas socioambientales y memorias plurales de resistencias regionales. En estos trabajos, la experiencia de “mapeo” resulta clave para definir regímenes de visibilidad del territorio y sentidos en disputa en torno al modelo económico que impulsa la explotación minera en diferentes provincias de Argentina. Así, tanto Mirta Antonelli como Marcela Marín y Corina Milán exponen

intervenciones que subvierten las relaciones de poder, prácticas estéticas y políticas que evidencian los sentidos en disputa a partir del paradigma económico que habilita la extracción transnacional de recursos naturales.

Una interesante noción a la que acuden las Dras. Marín y Milán para regar su trabajo es la de “ecología de saberes” (Sousa Santos), esto es, una constelación amplia de saberes que sobreviven a la invisibilidad epistemológica y al epistemicidio, un reconocimiento de la pluralidad de conocimientos heterogéneos. En este marco, la “traducción intercultural” supone aquella tarea de buscar inteligibilidad y reconocer la incompletitud entre diversos saberes, sujetos y prácticas, sin homogeneizar ni canibalizar.

En “Memorias y el saber de la filosofía”, fertilizamos el terreno ya humedecido por los trabajos previos. En este caso, Irene Audisio y Marta Palacio enfatizan el vínculo entre identidad y memoria. A una identidad única y estática, conformada por una memoria lineal y monolítica, se opone una serie de memorias (conscientes y corporales) móviles e inestables, que configuran identidades igualmente inestables y plurales. “Nuestra identidad, nuestro yo de cada momento, este presente perpetuamente renovado, es alimentado por la memoria, es decir que al estado presente se asocian otros estados que, movidos y localizados en el pasado, constituyen nuestra persona como aparece en cada instante” (P. 332-3). Identidades y memorias en un juego de retroalimentación perpetua.

Finalmente, como brotes de este dedicado cultivo, en la sección “Memoria y creación literaria” celebramos la cosecha. Graciela Bialek desde la narrativa juvenil, Ricardo Romero, Estela Smania y Carlos Surghi desde el cuento, Daniel Freidemberg y Susana Cabuchi desde la poesía, Claudia Rodríguez desde el manifiesto-testimonio-ensayo y Griselda Gómez desde sus notas-apuntes nos confirman que “narrar es una necesidad y un imperativo” cuando hablamos de memorias colectivas, ya que nos vinculamos a otros narrando. Con este cierre, el libro esboza una respuesta posible y deseable al interrogante por los sentidos políticos de los estudios sobre la memoria: los lenguajes de la memoria son los lenguajes de lo comunitario, de los lazos amorosos y la potencia de lo colectivo en plena floración.